

Ella

Por CARMEN YAZQUEZ-VIGO

COCO CHANEL

MEDIO SIGLO IMPONIENDO SU ESTILO AL MUNDO

CADA año, cuando las grandes casas de costura parisinas lanzan sus colecciones, todo el mundo se hace una misma pregunta: ¿Qué ha hecho Chanel? La respuesta es siempre la misma: Chanel ha hecho «Chanel». Mientras los demás modistas se creen obligados a cambiar periódicamente de estilo, a volver del revés la silueta femenina, a jugar caprichosamente con busto y caderas, piernas y cabeza, Chanel sigue en sus trece, en «su línea». Independiente de la Cámara Sindical, al margen de las normas que rigen para el lanzamiento y publicación de los modelos, Chanel sigue su camino desde hace una cincuentena de años. Las dos guerras han mareado, a su comienzo, las fechas clave de su carrera. 1914 fue el principio de su triunfo, que se consolidó en 1918. 1939 fue la época de su retiro, que duró una quincena de años, para terminar con su reincorporación triunfal al mundo de la moda. Lo curioso de Chanel es que, habiendo sido en su vida privada, desde sus comienzos, un personaje típico de la más decadente vida burguesa parisina, sus concepciones de la moda hayan sido reflejo fiel del devenir histórico de los últimos años. En realidad, si hoy la mujer se viste como lo hace, todo se debe a Chanel. Ella ha sido la única en darse realmente cuenta que a medida que cambiaba el papel de la mujer en la sociedad debía cambiar su aspecto, y en una carrera, muchas veces precursora, ha ido jugando al escondite con los acontecimientos, previéndolos en ocasiones y siguiéndolos con un margen mínimo, otras. Hasta ahora, poco o nada se sabía de Chanel como persona. Ella, que es charlatana, guardaba un cerrado silencio sin **SIGUE**



La escalera de Chanel es famosa en el mundo de la costura. Desde ella ha visto a sus modelos durante casi cincuenta años.

Traje de chaqueta en tweed marrón, blanco y rojo, con blusa de shantung beige. El largo cuello, los puños y el sombrero están realizados en piel de visón.

Los clásicos cuadros de Chanel en un traje de chaqueta en lana rosa, negra y verde, con falda tableada y gracioso cuello vuelto, con blusa y forro rosas.





Pantalón y chaqueta en lana azul marino, acompañados por una blusa en seda clara, a juego con el forro de la chaqueta. El pantalón es ancho y sin vuelta.

Traje de chaqueta a gruesos cuadros turquesa, azul y amarillo, en tweed. Falda plisada con una tabla recta en el delantero. Blusa bordada en hilillo de oro.

embargo, sobre su vida privada y, especialmente, sobre sus orígenes.

En una fecha incierta —ella nunca ha llegado más allá de decir que ha pasado la cincuentena— nace en Ex, un pueblecillo perdido en el corazón de la Auvernia, Gabrielle Chanel, a la que luego todo el mundo conocerá como Coco Chanel o, simplemente, como Mademoiselle. Huérfana, vive con dos tías, siempre enlutadas, austeras y beatas. A los quince años decide «vivir su vida». La casa de sus tías se encuentra en los alrededores de un cuartel. Una mañana, mientras Gabrielle está a la ventana, acierta a pasar un apuesto oficial, que encuentra a sus pies el pañuelo «dejado caer» por la joven provinciana... Esta es la versión más «rosa» de sus comienzos. Existen —sin confirmar— otras menos «románticas»... El hecho es que, a los diecisiete

años, Gabrielle abandonaba a sus tías y llegaba a París.

A la conquista de París

Apenas iniciada en la vida parisina, Gabrielle conoce a uno de los «dandies» más en boga de la época, al «elegante» Etienne Balsan. Y emprende, a su lado, la conquista de París. Acompañada por él, lleva una vida brillante de bailes, galas en la Opera, cenas en los restaurantes de moda, partidos de polo. Se presenta en todas partes, del brazo de su acompañante, vestida con un sencillo traje de chaqueta azul marino y tocada de un «canotiers» embutido en su abundante cabello negro en medio de las «elegantes» encorsetadas y llenas de plumas, «víctimas» de la tiranía del que entonces dic-

taba la moda en París, el célebre Poirer. Esta desconocida, tan esbelta que podía prescindir de corsés y ballenas, tan grácil en sus cortas faldas de colegiala, produce en las «elegantes» un primer movimiento de malestar. Y, cuando un día de abril, en el hipódromo de Longchamp, Arthur Capel, el «play boys» más cotizado del momento, se fija en la muchacha, las cosas se agravan. Al poco tiempo, Gabrielle vive una nueva «liaison» todavía más brillante, si cabe, que la precedente. Pero se aburre en su lujoso apartamento de la Avenida Gabriel, y decide «hacer algo», trabajar. En aquella época, el que una mujer rodeada de lujo y de amistades pensara trabajar era algo inconcebible; en el mejor de los casos no podía considerarse sino como un golpe maestro de snobismo. Sus amigos le prestan dinero para lo que consideraban un

capricho, sin sospechar que esta «salida» iba a suponer un paso importante en la lucha de la mujer por liberarse de su condición.

Chanel, pues, se instala en un piso de la calle Cambon. «Gabrielle Chanel, sombrerera». Puesto que sus amigas le preguntan siempre las señas de la suya, ha decidido empezar por los sombreros. Su éxito es inmediato y total. Al poco tiempo se lanza como modista. Ha visto claro que hay que acabar con la complicada indumentaria femenina en uso y optar por la sencillez. E incluso Poirer empieza a temblar. «Habría que haber desconfiado de esta cabeza de chaval que iba a hacérselas pasar moradas y sacar de su sombrero de prestidigitador vestidos, peinados, jerseys y joyas», escribe más tarde... Era la época de esplendor de las carreras de caballos, y empezaba, en Deauville, la



Vestido en muselina negra, con manga larga y la cintura marcada por un corte terminado en un lazo. Se lleva con un abrigo de lana negra, forrado de piel.



Vestido en «cloqué» negro, de manga corta, con falda ligeramente acampanada, y bordada, lo mismo que el cuerpo, de un bias de muselina de seda negra.

moda de las playas. Chanel abre tienda en Deauville y pasa gran parte de sus horas en el hipódromo. Un día en que sopla un viento glacial, pide prestado a un «jockey» su jersey y se lo pone. Ello le da una idea: al día siguiente manda pedir una colección, y ocho días después todo el mundo lleva jersey. La moda todavía dura...

Estalla la guerra y se arrumba todo lo que supone lujo y frivolidad. Cuando termina y las grandes casas se preparan a resucitar la moda de anteguerra, Chanel decide hacer la revolución por su cuenta. Empieza por las faldas escocesas, que corta de mantas importadas de Inglaterra. Una noche, en la Opera, observa los abigarrados colorines de los vestidos que se apiñan en el vestíbulo. «Esto no puede durar, las voy a vestir a todas de negro». Y, a partir de este momento,

puede decirse que Chanel ha nacido definitivamente. Poiret se rasga las vestiduras: «Las mujeres eran bellas y esculturales como proas de navío; ahora parecen repartidores de telégrafos subalimentados.»

En un espacio de dos años, Chanel se convierte en una de las «reinas de París». Son «los locos años veinte», en que se vive en una especie de frenesí, ansiando olvidar los desastres de la guerra y ahogarse en un falso clima de frivolidad. Es una época de transición en que una concepción del mundo se desmorona, surgen otras nuevas y, en la situación caótica que esto ocasiona, se inflan las contradicciones y se buscan —muchas veces a ciegas— salidas que, en su apariencia de ruptura, no se opongan en exceso a aquello contra lo que pretenden manifestarse. Sin los años del charleston y

la falda corta, las «sufragettes» y el peinado a lo «garçonnes», el «zeppelin» y la incursión en Europa de los ritmos «afros»... Chanel está al quite y en sus creaciones cuenta todo esto. Como consecuencia, todos sus gestos son escuchados con atención, la menor de sus innovaciones es seguida inmediatamente, ya que siempre hay algo que la respalda, que hace que —aunque surja de un mero incidente anecdótico— haya algo detrás que la hacía poco menos que necesaria. Cuando el calentador de Chanel estalla y le quema la mitad de la cabellera, se corta la otra mitad y se presenta así en la Opera. Cuando vuelve de la playa quemada por el sol, no duda en exhibirse así en un lujoso restaurante de moda. Inmediatamente las mujeres se cortan el pelo y corren a la playa más cercana a tomar baños de sol en dosis masivas. De-

finitivamente, Chanel impone su ley. Puede decir, en conocimiento de causa, que para ella, de verdad, ha llegado «la belle époque».

Sus actividades no se limitan a la costura. Su influencia en París es tan grande que puede permitirse lanzar a Diaghilev y sus ballets, ayudar a Cocteau, Picasso y Bérard, dar fiestas fabulosas en las que los invitados se llaman Príncipe de Gales o Salvador Dalí, Winston Churchill o Stravinsky, Colette o Matisse, sin contar todos los componentes del «tout Paris».

La reina sin rey

Sin embargo, esta vida brillante no turba las ideas de Coco. Arthur Capel ha muerto en accl-

SIGUE

YA ESTÁ!...

LA SABANA

YASTÁ

Una nueva sábana para arreglar la cama con mayor facilidad y rapidez • Una sábana diferente que se mantiene siempre estirada y arreglada • La sábana YASTÁ jamás se sale del colchón • No se arruga ni forma pliegues proporcionando un sueño más agradable y reparador; al levantarse la cama queda arreglada con sábanas YASTÁ.



Esta nueva sábana, más práctica.
SE LAVA cómodamente.
SE SECA rápidamente.
SE PONE fácilmente.

Las sábanas YASTÁ son diferentes, tienen los bordes ajustados y las esquinas entalladas.



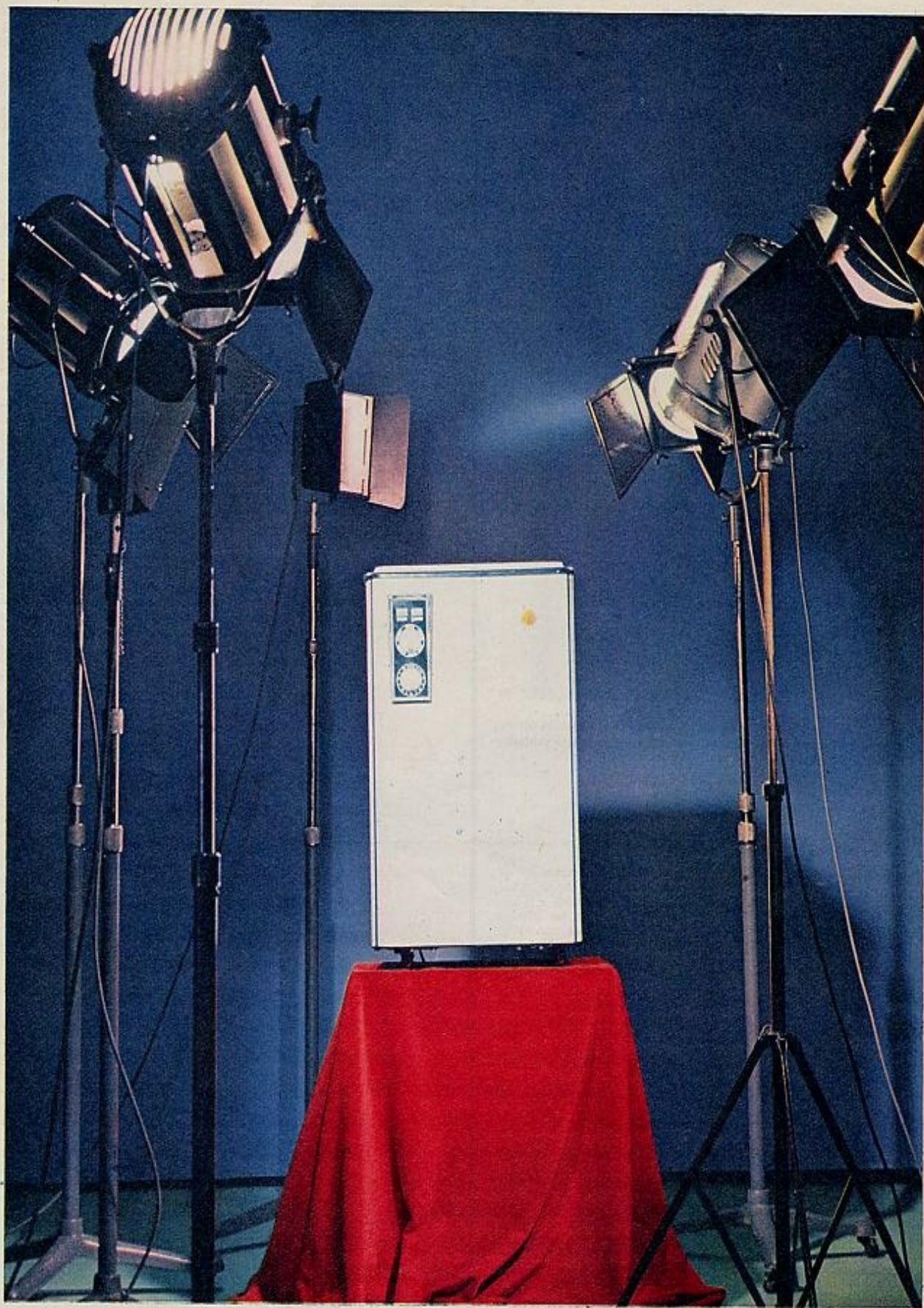
Siga los tres movimientos YASTÁ: Póngala, métela las esquinas... y ya está.

LA SABANA

YASTÁ

UN PRODUCTO

effitel s.a.



~~~~~ Una atracción de ~~~~~  
primera categoría en su hogar

---

La magnífica presentación y el conjunto mecánico de materiales de una lavadora BRU, hacen que su **CALIDAD TOTAL** salte a la vista. Es un legítimo orgullo poseer una lavadora BRU.





## al ritmo de los BEATLES



Ha pasado medio siglo y Chanel sigue en la brecha. Las mujeres del mundo entero se visten —a sabiendas o no— según sus dictados. Y su rostro aún no está cansado.

## CHANEL

dente de automóvil. Sale con el gran duque Dimitri de Rusia, con el duque de Westminster. Pero lo que cuenta en primer lugar es «la casa Chanel». Dos veces al año, en enero y junio, desaparece de la circulación durante varias semanas para preparar su colección. Contrariamente a lo que hacen los demás modistas, ella lo hace todo por sí misma. Del amanecer a la noche, sin ayuda de modelistas, sin demostrar el menor cansancio, corta, pone alfileres, prueba... La casa de la calle Cambon ocupa pronto cinco edificios y emplea a dos mil quinientas obreras. Chanel crea su propia casa de perfumes y lanza el famosísimo «N.º 5». Chanel vive sin rivales serios. Sólo Schiaparelli, llegada de Italia llena de empuje, logra hacerle sombra. Pero su reinado no se resiente. Por oposición a Chanel, Schiaparelli cae en lo extravagante, en lo barroco. Y Chanel responde con azul marino, con beige, y lanza el smoking de noche, en satén negro y blusa blanca. Desde 1930 a 1939 la lucha sin cuartel continúa. Chanel es llamada la Reina sin Rey, hasta que el dibujante Paul Iribe aparece en su vida. Se habla incluso de que piensa en el matrimonio, ella que se había negado a casarse con el duque de Westminster aduciendo que «duquesas de Westminster ha habido muchas, y Coco Chanel sólo una». Pero Iribe muere, lo mismo que Arthur Capel, accidentalmente, y Chanel vuelve al trabajo. Hasta que, fatigada, y en vísperas de la segunda guerra, cierra un buen día sus puertas y desaparece...

Quince años dura su retiro. Se habla de ella como de algo perteneciente al pasado. La Alta Costura cuenta con nuevos y brillantes nombres. Y de pronto,

en 1954, la bomba: Chanel vuelve. La gente no lo toma demasiado en serio. Pero cuando presenta su colección se rinde a la evidencia. Chanel ha vuelto con el mismo ímpetu de siempre, con su mismo estilo. De nuevo da un barrido a lo que se venía haciendo. Arranca los armazones de los modelos, libera cinturas y busto, simplifica, opta por la libertad de movimientos. Vuelve con sus muselinas y sus «tweed», sus bordillos, sus forros a juego con la blusa, sus cadenas, sus joyas de bisutería. La prensa la ataca. Pero ella se ríe de todo: «Lo mismo da. Las mujeres me comprenderán.» Y, en efecto, las clientes vuelven a venir, los compradores de América se arrancan sus modelos. Las casas de «prêt-à-porter» la copian. «Copien, copien, una moda está hecha para ser copiada...» Luego, ya, todo el mundo conoce la que sigue. Chanel, que en 1956 recibe una consagración oficial de América, sigue en su puesto. Sus modelos pueden identificarse rápidamente entre millares de los de otros modistas. Sus clientes son famosas en el mundo entero. El privilegio de sentarse en la famosa escalera desde la que, en una teoría de espejos, Chanel observa los desfiles de «su casa» es disputado por las mujeres más elegantes del mundo. Coco, otra vez a sus muchos años, es de nuevo la reina de la alta costura. Lo mismo que hace treinta, cuarenta, casi cincuenta años, con la misma exigencia y la misma dedicación, con el mismo espíritu tiránico y la misma vivacidad. Y cuando al llegar el otoño empiezan a aparecer las muchachas prácticamente uniformadas en trajes de chaqueta que, más o menos de cerca, vienen todos de Chanel, ella, desde su escalera, debe sonreír satisfecha.

(Fotos CHRIS KINDAHL-DALMAS  
Color: NEIDER, BENEDIKTER-  
INTERSTAMPA)

**P**OSIBLEMENTE lo que encuentre el lector a continuación no sea una crítica, en rigor, de "¿Qué noche la de aquel día?", la primera película protagonizada por los "Beatles". Hasta cierto punto, es difícil considerar este film haciendo abstracción de una serie de circunstancias condicionantes. Si toda película —como toda obra artística— responde siempre a determinadas incitaciones de la realidad, a perceptibles presiones de orden social e histórico, presiones que luego encontrarán su reflejo expresivo y testimonial en esa obra, en el caso del film de los "Beatles" tal observación alcanza una importancia máxima. A lo largo de toda la película se está contando con la complicidad del público, porque si la película ha llegado a hacerse, tal y como ha sido hecha, es porque existía un público receptor dispuesto a entrar en el juego y aceptar la "clave" que se le propone. Esta es la primera consideración que hemos de hacer al afrontar "¿Qué noche la de aquel día?", puesto que llega un momento en que no sabemos si estamos presenciando un documental sobre los "Beatles", una película de ficción sobre los famosos muchachos de Liverpool, un estudio acerca del mito de los "escarabajos" o una simple película musical protagonizada por un conjunto famoso. Es muy probable que la película en cuestión sea todo esto. Quizá hubiera sido importante realizar un estudio en profundidad del "mito Beatles": es evidente que estos muchachos son un signo más de nuestra época; han triunfado porque responden a una necesidad, a una aspiración colectiva que ellos han sido capaces de satisfacer. El film podría haber investigado esa significación mítica, analizado las causas de una tal repercusión que, en la mayoría de las ocasiones, se ha resuelto en oleadas de histórica admiración. Sin embargo, "¿Qué noche la de aquel día?" no alcanza nunca este valor de análisis, al menos en un sentido riguroso, limitándose a la descripción periférica —sumamente expresiva, eso sí— de la alienación colectiva que cualquier actuación de los "Beatles" produce, pero sin buscar las causas, sin encontrar las razones.

Lo que convierte a este film en un agradable espectáculo, fuertemente sugestivo incluso, es la participación espontánea y desenfadada de John Lennon, Paul McCartney, George Harrison y Ringo Starr: los "Beatles". Ellos comunican al film una notable frescura y espontaneidad. Naturalmente, la responsabilidad de este "tono" vivo, nervioso, ligero y grandemente atrevido, se debe al realizador Richard Lester, que ha encontrado una colaboración estupenda en el operador Gilbert Taylor. Dentro de la mediocre producción inglesa —¡ese tan cacareado "correcto nivel" que no es otra cosa que trivial banalidad!—, "¿Qué noche la de aquel día?" es un film sorprendente, no sólo porque el comportamiento de estos muchachos —y sus perturbadoras consecuencias— rompa con una larga tradición de un cine conservador, apegado al tópico victoriano, sino porque la puesta en escena de Richard Lester —realizador procedente de la televisión— es una de las más modernas y audaces que pueden encontrarse en el académico cine británico. Quizá ese afán de romper moldes y de buscar en cada secuencia, casi en cada plano, una forma de resolución original y "distinta" le lleve a Lester a caer en un cierto amaneramiento y producir cierta fatiga en el espectador. Pero, en cualquier caso, es elogiable su pretensión de hallar una equivalencia cinematográfica al "estilo Beatles". Así, las conocidas canciones del conjunto se integran en la narración con pausable espontaneidad sin romper en ningún momento la línea argumental que, por otra parte, es deliberadamente anárquica y desordenada. Para la construcción de este film se han utilizado fragmentos de reportajes de las actuaciones de los "Beatles", pero, generalmente, el estilo empleado para la mayor parte de las escenas construidas expresamente se adapta a esa técnica. Recuérdese el momento de la rueda de prensa —una de las mejores secuencias de la película—, que tiene ese aspecto aparentemente descuidado de los noticieros, que es el mejor vehículo expresivo para narrar las relampagueantes contestaciones de los "Beatles" a los informadores de prensa. Se advierte más el artificio de la puesta en escena cuando el realizador persigue una correspondencia visual con el ritmo musical: así, el momento en que, al compás de una canción, los muchachos rebotan, saltan y juegan en un parque, siguiéndoles la cámara de un helicóptero. En cualquier caso, con sus excesos de originalidad y sus ingenuidades, a fuerza de querer ser brillante, Richard Lester ha realizado un film estimable al servicio de uno de los conjuntos más populares de la actualidad.

No puede por menos de recordarse la actuación, como actores, de los "Beatles": su naturalidad ante las cámaras, su absoluta desenvoltura es muy convincente; un diálogo chispeante, abundante en "private jokes" —bromas privadas, chistes de "capilla"— contribuye a crear esa clave de complicidad frente al público. Por último, para el aficionado a la música ligera, el film ofrece una selección del repertorio de los "Beatles", culminando con una estupenda versión del popularísimo "She Loves You", que coincide con la explosión de histerismo de los "teen-agers", magníficamente captada por la cámara.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS